LA ROCA DE LAS URIAS

La Roca de las Urías

Ha llegado la estación de las urías.

De Abril á fines de Mayo, antes que lleguen los bañistas parisienses, se ve aparecer en la playa de Etretat unos ancianos en traje de caza. Pasan cuatro ó cinco días en el hotel de Hauville, desaparecen y vuelven tres semanas después; luego, unos días más de permanencia y se van en definitiva.

Se les pierde de vista hasta la primavera próxima.

Son los últimos cazadores de urías, los que quedan, pues eran una veintena de fanáticos hace treinta ó cuarenta años; ahora quedan pocos, pero entusiastas.

La uría es un ave emigradora muy rara cuyas costumbres son bien extrañas. Habita casi todo el año en Terranova y en las islas de San Pedro y Mi-

quelón; pero en el celo, una bandada de emigrantes pasa el Océano y todos los años viene á poner y á empollar en el mismo punto, en la roca llamada *de las urías,* cerca de Etretat. Sólo allí se puede ver urías, y á pesar de que siempre se les ha cazado siempre vuelven; y es probable que siempre volverán. Apenas criados los polluelos marchaban, desaparecían durante un año.

¿Por qué no se asustan jamás, por qué no escogen otros puntos de la costa blanca y sin igual que va del Pas-de-Calais al Havre? ¿Qué fuerza, qué instinto invencible, qué costumbre secular empuja á esas aves á volver á aquel sitio? ¿Qué primera emigración, qué tempestad acaso lanzó á sus padres á aquella roca? ¿Y por qué los hijos, los nietos, todos los descendientes acuden adonde acudieron sus antepasados?

Son pocos: un centenar á lo sumo, como si sólo una familia tuviera aquella tradición y cumpliera esa peregrinación anual.

Y cada primavera, apenas la tribu viajera se instala en su roca, los mismos cazadores también acuden á la aldea. Se les conoció jóvenes en otro tiempo; ahora son viejos, pero fieles á la cita que se dan desde hace treinta ó cuarenta años.

Por nada del mundo faltarían á ella.

***

Era una tarde de Abril de estos últimos años. Tres de los antiguos cazadores de urías acababan de llegar; faltaba uno de ellos, el señor d' Arnelles.

No había avisado, no había escrito á nadie. Sin embargo, no había muerto como tantos otros; se hubiera sabido. En fin, cansados de esperar, los otros tres se sentaron á la mesa. La comida terminaba cuando se oyó el ruido de un carruaje en el patio del mesón y el rezagado entró.

Se sentó, alegre, frotándose las manos, comió con gran apetito, y como uno de sus compañeros extrañase verle de levita, contestó tranquilamente:

—No tuve tiempo de cambiar de traje.

Se acostaron al acabar de comer, pues para sorprender á las aves hay que levantarse antes de apuntar el alba.

Nada tan bonito como aquella caza y aquel paseo matutino.

A las tres de la mañana, los marineros despiertan á los cazadores echando arena contra los cristales. Al cabo de unos minutos todo el mundo está listo y se baja á la playa. Aunque no apunta el alba todavía, palidecen ya las estrellas; el mar hace crujir los guijarros; la brisa es tan fresca que se tirita á pesar de los gruesos abrigos.

Bien pronto las dos barcas, empujadas por los marineros se escurren por sobre los guijarros redondos, con ruido de tela desgarrada y luego se balancean sobre las olas. La vela parda sube al mástil, se hincha un poco, palpita, vacila y ahuecada de nuevo, redonda como una barriga, se lleva los botes alquitranados hacia la gran entrada que se distingue vagamente en las sombras.

El cielo se aclara; las tinieblas se funden; la costa aun aparece velada, la gran costa blanca, recta como una muralla.

Se pasa la Manne-Porte, bóveda enorme por la cual pasaría un navío; se dobla la punta de la Courtine; ahí están el valle de Antifer, el cabo de igual nombre; y, de repente, se ve una playa donde están posadas millares de gaviotas. Esta es la roca de las Urías.

Es como una joroba del acantilado, y por encima de las estrechas cornisas de la roca, aparecen unas cabezas de ave que miran las barcas.

Allí están, inmóviles, no decididas á marchar aún. Algunas, plantadas en las salientes, parecen sentadas sobre sus posaderas, derechas en forma de botellas, pues tienen las patas tan cortas que, cuando andan, parecen deslizarse sobre unas ruedecitas, y para volar, como no pueden tomar empuje, les es necesario dejarse caer como piedras, hasta cerca de los hombres que las acechan.

Conocen su defecto y les cuesta decidirse á partir.

Pero los marineros empiezan á gritar y arman ruido dentro de las barcas y las aves, asustadas, se lanzan una tras otra al vacío casi hasta el ras del agua; luego, batiendo con rapidez las alas, huyen, huyen hacia alta mar si una rociada de plomo no las echa al agua.

Durante una hora las ametrallan así, obligándolas á huir una tras otra, y á veces las hembras que empollan no quieren moverse y reciben descarga tras descarga, que salpican la roca blanca de sangre rosada, y el animal espira sin haber abandonado los huevos.

⁂

El primer día el señor d'Arnelles cazó con su entusiasmo habitual; pero cuando abandonaron la costa á las diez de la mañana, bajo el alto sol radiante que arrojaba torrentes de luz en las gigantescas muescas de la costa, se mostró como inquieto y meditabundo, cosa que no le era habitual.

Cuando llegaron á la aldea, una especie de criado vestido de negro le habló al oído. Pareció reflexionar, vacilar, y por fin contestó:

—No, mañana.

Y al día siguiente se reanudó la caza. El señor d'Arnelles erró muchas veces el blanco, por más que las urías tocaban casi el cañón de su escopeta; y sus amigos le daban vaya, preguntándole si estaba enamorado, ó si algún pesar secreto le turbaba el corazón y la mente.

Por fin convino en que sí.

—Sí, verdaderamente; es necesario que parta dentro de unas horas y esto me contraría.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted? Y, ¿por qué?

—¡Oh! Tengo un asunto que reclama mi presencia y no puedo esperar más.

Luego hablaron de otras cosas.

Apenas terminado el almuerzo apareció de nuevo el criado enlutado, y el señor d'Arnelles dió orden de enganchar. Y el criado iba á salir cuando los demás cazadores intervinieron para rogar á su amigo que no se marchara. Uno de ellos, preguntó:

—¡Ea, veamos! Creo que el asunto no debe ser tan urgente cuando ha esperado usted dos días.

El cazador meditaba y reflexionaba, perplejo, evidentemente vacilando entre el placer y la obligación, turbado y angustiado.

Después de larga meditación, dijo vacilando:

—Es que... es que... no estoy sólo; ahí está mi yerno.

Hubo exclamaciones á granel.

—¿Su yerno?... ¿Dónde está?

Entonces, de repente, quedó confuso, se ruborizó.

—¡Cómo! ¿No lo saben ustedes?... Pues... pues... Está en la cochera. Está muerto.

Reinó un silencio de asombro.

El señor d'Arnelles añadió, cada vez más turbado:

—Tuve la desgracia de perderle. Y al conducirle á mi propiedad de Briseville, he dado un pequeño rodeo para no faltar á nuestra cita. Pero ya comprenderán ustedes que no puedo aguardar más.

Entonces uno de los cazadores, el más atrevido, murmuró:

—Sin embargo... Puesto que ha muerto... me parece... que bien puede esperar un día más.

Los otros dos le hicieron coro.

—Es indudable—dijeron.

El señor d'Arnelles parecía aliviado de un gran peso; pero algo inquieto aún, preguntó:

—¿De veras... francamente... les parece?...

Los otros tres contestaron unánimes:

—¡Pardiez! querido, dos días más ó menos deben importarle poco.

Entonces, tranquilizado del todo, el suegro, volviéndose hacia el empleado de pompas fúnebres, dijo:

—Vaya, amigo mío; lo dejaremos para pasado mañana.

EL VIEJO